

## *La política y la administración*

Entre los años 721 y 711, parece que el Estado de Judea fue bastante próspero. Después de la toma de Samaria, la situación de Ezequías respecto a Asiria fue la de un vasallo. Una circunstancia hizo que su situación fuera menos mala de lo que se temía. Murió Salmanasar antes de terminar la guerra contra Samaria, y le sucedió Saryukin o Sargón, oficial suyo. El principio de una dinastía nueva es siempre beneficioso para aquellos a quienes ha tenido sujetos y amordazados la dinastía anterior.

Sargón fue un rey muy poderoso y no podía pensar en rebelarse contra él el prudente Ezequías. Las proposiciones reales o supuestas de Egipto, eran sin embargo una tentación constante (algo semejante a lo que es para los espíritus belicosos de Francia la alianza con Rusia), y se mostraban favorables a ellas los consejeros políticos del rey, especialmente un tal Sebna o Sebent, hombre extranjero y sin familia, que ocupó el cargo de *soken* o consejero íntimo del rey, ejerciendo las funciones de prefecto

del palacio. Isaías y los profetas se oponían a la alianza egipcia por creer que los medios humanos son una injuria a Jehová, y porque apreciaban acertadamente la situación militar de la época.

En el año 711, la tentación fue más fuerte que nunca. El general de los ejércitos de Sargón cruzó el país de Judá dirigiendo una expedición contra Egipto y Etiopía. La primera acción de la campaña fue el sitio de Asdad. Parecía lógico que se aliaran entonces Egipto y los países de Palestina. Isaías se mostró contrario a esta política y empleó para combatirla los enérgicos medios que le eran habituales. Viósele un día pasearse por Jerusalén descalzo y en la más verdadera desnudez, afirmando que Jehová le había mandado presentarse así para que se viera el estado ignominioso en que el rey de Asiria traería a los prisioneros de Egipto y de Etiopía.

El odio de Isaías hacia aquel a quien llama «el oprobio de la casa de su señor» se expresó también en un fragmento que retrataba las luchas interiores de la corte de Ezequías. Sebna vivía muy lujosamente y mandó hacerse un sepulcro en la roca de la colina real lo que enfureció al partido pietista, que tenía preparado, como sustituto de Sebna, un candidato llamado Eliaquim.

Efectivamente, éste sustituyó a Sebna en el cargo de prefecto de palacio, pero Sebna conservó de todos modos una autoridad elevada. Tenía razón Isaías en el fondo, a pesar de sus extravagantes argumentos. Egipto no era un apoyo sólido. Asiria era verdaderamente el órgano de Jehová, porque Asiria era fuerte. Los profetas, viendo la acción de Jehová en todo lo que triunfaba, tenían que inclinarse hacia Asiria. Por esto saludó a Asiria y luego a Persia el partido profético, como a instituciones divinas. Además, los asirios no atacaban nunca la libertad religiosa, la única que deseaba la raza de Israel. Desde la más remota antigüedad, la posición lógicamente deseada por Israel, era ser súbdito políticamente de un imperio que respetase su religión.

Dicho estado de vasallaje de Asiria era muy ventajoso para Ezequías. Asiria no exigía limitaciones muy exactas de fronteras. Varias ciudades del antiguo reino de Israel pudieron unirse de este modo a Judá. Las armas de Ezequías vencieron a los filisteos. El país, extenuado indudablemente en su lucha contra Asiria, cayó hasta cerca de Gaza, en poder del rey de Judá.

La monarquía en su organización durante la época de Ezequías, fue muy semejante a la de los mejores tiempos davídicos. Junto al rey estaban los *soferim*, que constituían una clase administrativa, y los *sokenim*, ministros y consejeros. El prefecto o mayordomo de palacio era el primer *sokem*, especie de visir, puesto que gozaba de un gran poder y era objeto de grandes intrigas. Los sacerdotes sólo se ocupaban del servicio del templo. Los profetas lo eran todo, pues habían ganado todo lo que había perdido el elemento civil con las victorias de Asiria.

Las obras públicas de Jerusalén, muy activas en tiempos de Achaz, lo fueron más aún reinando Ezequías. Se modificó totalmente la ciudad y aumentó el número de habitantes con la entrada de muchos israelitas, que se encontraron sin patria por la caída del reino del Norte.

Nunca fue fácil abastecer de agua a Jerusalén, por estar situada cerca

de la línea culminante entre el Mediterráneo y el Mar Muerto y dominada por cimas lejanas. La población vivía de sus cisternas, numerosas y bien ejecutadas. El manantial de Gihón, en las vertientes de Sion, era sólo un hilillo de agua. Las aguas recogidas en el nacimiento del valle occidental son poca cosa y provienen únicamente de los terrenos cercanos. Ezequías acometió la empresa de sacar el mejor partido posible de esta pobreza, tomando simultáneamente las precauciones necesarias para que en caso de cerco no se quedara sin agua la ciudad. Mandó construir una gran piscina y abrió una cañería subterránea, que en la estación de las lluvias llevaba el agua de la piscina superior (Biket Mirmillah), proveída por las aguas de la meseta.

Estas construcciones llamadas del *siloh* (emisario), parece que se hicieron en tiempo de Achaz. Tal vez finalizaron en tiempo de Ezequías, pero lo cierto es que a él se atribuyen. Era un canal emisario subterráneo destinado a llevar a los jardines reales y a la puerta del Sudeste las aguas de la fuente de Gihón, y cuidar a sustraerlas a la acción del enemigo.

Por lo visto el arte hebreo alcanzó su más alto grado en tiempo de Ezequías. Éste, al final de su reinado, se sentía muy orgulloso de las riquezas que había sabido reunir. El estilo asirio luchaba ya con ventaja contra la imitación egipcia, que habían puesto en moda los fenicios. Se restableció el esplendor del templo, aunque permaneció la sencillez del culto. En las fiestas de Pascua se entonaban cánticos; en las peregrinaciones se tañía la flauta, pero nada demuestra que estuviera ya organizada la música del templo. Los profetas no eran partidarios de aplicar el arte a la religión. Su culto era más abstracto. Dios no pide al hombre más que la justicia y la pureza del corazón.

El gobierno efectúa la medida de orden y de justicia posible a aquel país y en aquel tiempo, pero las grandes razas son insociables y siempre protestan contra la dosis de libertad e igualdad que se les otorga. La inquietud sagrada existente en los profetas fue el gran propulsor religioso del genio de aquel pueblo; la garantía de su porvenir. Querían la justicia, y transcurriría bastante tiempo antes de que se viera que los abusos que llamaban injusticias dependen de las condiciones de existencia de la naturaleza, y que para suprimirlos, hay que suprimir la vida humana.